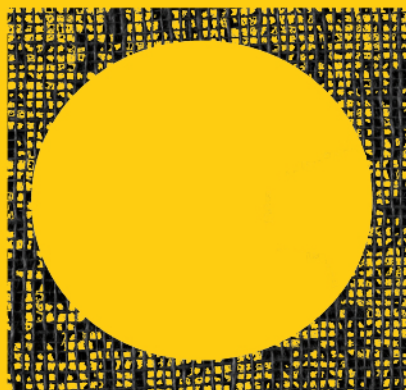


EL SILENCIO Y EL GRITO

El budismo y los profetas de Israel



EL SILENCIO Y EL GRITO

EL BUDISMO Y LOS PROFETAS DE ISRAEL

José Ignacio González Faus

INTRODUCCIÓN	3
1 EL SILENCIO (TEXTOS BUDISTAS)	5
2 EL GRITO (TEXTOS DE LOS PROFETAS)	19
CONCLUSIONES	27
NOTAS	30
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	32

Y en Tus silencios labras
el Grito que sostengo
y el Silencio que soy.

PERE CASALDÁLIGA

Buda medita, Jesús grita.

JOHANN BAPTIST METZ

José Ignacio González Faus. Jesuita. Miembro del Área Teológica de Cristianisme i Justícia. Entre sus obras, cabe destacar *La humanidad nueva. Ensayo de cristología* (10ª ed. 2016); *Acceso a Jesús* (9ª ed. 2000) o *Proyecto de hermano, Visión creyente del hombre* (3ª ed. 2000). Sus últimos libros son: *El rostro humano de Dios* (3ª ed. 2015), *Otro mundo es posible... desde Jesús* (2009), *Herejías del catolicismo actual* (2013) y *Confío. Comentario al Credo cristiano* (2014). Escribe habitualmente en *La Vanguardia*. Es autor de numerosos cuadernos de Cristianisme i Justícia.

Edita: Cristianisme i Justícia Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 6960-2018
ISBN: 978-84-9730-414-6 - ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Roger Torres
Edición: Santi Torres Rocaginé - Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Marzo 2018

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

Es conocida la tesis de Karl Jaspers de que hace ya más de veinticinco siglos se produjo en la historia una «era axial», que produjo un giro decisivo en la historia de la humanidad, donde nace «lo humano» tal como lo conocemos hoy. Allí aparecen a la vez fenómenos tan dispares como el budismo en el lejano Oriente y los profetas de Israel en nuestro Oriente medio.

Ese supuesto «nacimiento de lo humano» aparece cuestionado hoy en un mundo tan cruel como el nuestro: ese mundo de Siria, de México, de Lesbos, del Sudán, de nuestras crueles leyes llamadas de «reforma» laboral, del terrorismo, los racismos norteamericanos, la inaudita crueldad del narcotráfico o la trata de blancas, y un sistema económico tan eficaz como asesino. Parece que estemos asistiendo a otro giro en el que se instala en nuestra historia «lo inhumano». ¿Podemos hablar de «la mentira del yo» cuando la brutalidad del dolor (en la tortura, en un cáncer de huesos, en las quemaduras de segundo o tercer grado...) muestra que hay allí algo demasiado real? *El sujeto que sufre no es una apariencia ni una mentira.*

Este es el origen de las reflexiones que siguen.

Qué dolor

El budismo aparece como «una herejía del hinduismo» que, de tanto negar realidad a todo lo existente (salvo a la conciencia profunda de «no-dualidad» entre Dios y yo), parece negar o desconocer la realidad del sufrimiento. Buda, en cambio, comienza su enseñanza a partir del reconocimiento del dolor. Pero ¿qué dolor?

Buda da la sensación de conocer un mundo relativamente soportable y pacificado, donde casi sólo parece digno de consideración el sufrimiento que el hombre se inflige a sí mismo y no tanto el sufrimiento que causa a los demás, y los verdugos a las víctimas. La compasión (una categoría fundamental del budismo), parece más orientada hacia el hombre en general que hacia las víctimas incontables de nuestra histo-

ria. En los textos budistas están mucho más presentes «el envejecimiento, la enfermedad y la muerte» que la opresión, el maltrato o el asesinato.¹

Muchos afirman que eso mismo ha ocurrido poco a poco en el cristianismo, que ha pasado de la clara concentración bíblica en el dolor, a una centralidad del pecado.² Otros responden que el pecado es precisamente la causa del dolor (como también el deseo que combate Buda es causa no sólo del sufrimiento propio sino del ajeno). No obstante, la capacidad de atención del hombre es limitada, y la fijación en uno de los dos polos de la realidad, lleva fácilmente a descuidar al otro. En este contexto, nuestra reflexión puede volverse hacia los profetas de Israel, aparecidos también en aquella «era axial».

De la enseñanza a la indignación

Los textos de esos profetas surgen de una auténtica experiencia mística ante la existencia de victimarios y víctimas. Esa experiencia hace brotar un sentimiento que el budismo parece no conocer: la indignación. Y, como ahora veremos, no se trata de la mera indignación ética ante lo que no debe ser, sino más bien de una indignación por el sufrimiento causado ¡a Dios! Eso es lo que provoca la ira del profeta y se refleja en las quejas de Dios por la infidelidad de su pueblo: cuando habla sólo el profeta su tono es de denuncia y acusación; pero cuando habla Dios el tono es de queja o enseñanza: «pueblo mío ¿qué te hice?» (Miqueas 6,3); «el asno conoce a su dueño pero mi pueblo no me reconoce a mí» (cf. Is 1,3); más la repetida queja del capítulo 2 de Je-

remías y de Oseas, o el 16 de Ezequiel, que se atreven a comparar a Dios con el esposo traicionado por una esposa amada, pero adúltera o prostituida.

Esa metáfora sexual no brota sólo del dato, destacado por algún autor, de la sexualidad como sede del honor en los pueblos semitas. Más importante es que la sexualidad implica una relación previa de igualdad entre el ofendido y el ofensor. Como mera creatura el hombre no podría ofender a Dios ni aunque quisiera: la piedra que lanza contra al cielo no puede llegar hasta el cielo, y puede caerle a él en la cabeza. Pero cuando Dios se pone a la altura del ser humano, cuando le desposa y le promete fidelidad, entonces el mal que el hombre causa a sus semejantes no le hace daño sólo a él, sino al mismo Dios: la ética pasa a ser mística y la ignorancia pasa a ser infidelidad. En los oráculos de los profetas Dios emplea un lenguaje muy distinto cuando se dirige a su pueblo y cuando habla «contra las naciones». En ambos hay amenaza, pero sólo en los primeros hay queja.

Este cuaderno intenta comparar textos de *La enseñanza de Buda* y textos sociales de los profetas (culminando en Jesús como «más que profeta»). Esa comparación justifica parcialmente, y a la vez reorienta, la ya tópica calificación de Budismo como sabiduría y Cristianismo como amor. El amor no está ausente en el budismo (recordemos la clásica *karunā*: compasión, antes evocada); tampoco falta la sabiduría en los textos bíblicos (donde abunda el lenguaje sobre la «luz» y la sabiduría). Pero las duras diatribas contra los ricos y el dolor irritado contra los que impiden hacer el bien en el día sagrado (Mc 3,1-6), van más allá de ese lenguaje.

1 EL SILENCIO (TEXTOS BUDISTAS)

Haremos una comparación de textos, comentando más los budistas porque nos son menos conocidos.³ La sistematización por materias es mía para facilitar una visión más sintética.

1.1 Crisis-cambio de Buda

El lujo de la corte, este cuerpo sano, esta juventud que todos admiran, a fin de cuentas ¿qué sentido tienen para mí? El hombre enferma y, con el tiempo, envejece. La muerte es ineludible. La juventud, y la existencia ¿qué significado pueden tener? Vivir es estar en busca de algo. Sin embargo, en la misma búsqueda hay quienes buscan algo erróneo mientras que otros buscan lo verdadero. El que va en pos de lo erróneo es aquel que desea no envejecer, no enfermar y no morir, siendo éstos hechos ineludibles. La verdadera búsqueda es reconocer el error y buscar lo que está libre de los sufrimientos humanos..., más allá de la idea de la vejez, la enfermedad y la muerte (p. 5).

En total: muerte, vejez, enfermedad aparecen como punto de partida.

1.1.1 El camino (Dhammapada: «el pie en la verdad»)

1. El resentimiento no se calma con el resentimiento. Sólo con un amor paciente deja de existir. Esta es una verdad constante.
2. Hay quienes lamentan su necedad. Este ya no es necio. Más necio es aquél que sin conocerse a sí mismo, dice ser inteligente.
3. No el que vence a miles de enemigos en la batalla, sino el que se vence a sí mismo es el verdadero vencedor...
4. Difícil es nacer como hombre. Difícil es vivir como un mortal. Difícil es escuchar la verdad sublime, difícil es alcanzar el estado de Buda... (En la p. 0, como pórtico, del libro que comentamos).

De entrada, se percibe que ese camino es algo muy difícil que requiere control

sobre uno mismo, lucidez ante la propia nada y amor paciente. Algo muy distinto de las versiones facilitonas del budismo que corren por Occidente.

1.1.2 Las cuatro nobles verdades

1. La verdad del sufrimiento. La vida que no es libre de los apegos y deseos es siempre sufrimiento. (Notemos que no explicita el sufrimiento infringido a otros que es casi el más frecuente).
2. La verdad de la causa del sufrimiento. Ese sufrimiento nace de los deseos humanos... basados en un intenso apego por la vida, que ambicionan todo lo que ven y oyen.
3. La verdad de la terminación del sufrimiento. Si destruimos las raíces de esos deseos y nos libramos de todos los apegos, terminaran los sufrimientos.
4. La verdad del camino para terminar con el sufrimiento:

Visión correcta

Aspiraciones correctas

Palabras correctas

Conducta correcta

Vida correcta

Esfuerzo correcto

Conciencia correcta

Concentración correcta

La iluminación y el estado libre de sufrimiento se alcanza tan sólo con el cumplimiento de esos ocho caminos (p. 39).

En esa lista de ocho caminos parece haber una concatenación que iría de modo de mirar («pensamiento») al de-

seo, y de ahí a la palabra y la obra; y luego se amplía en la segunda parte, pero en orden inverso (de ahí el gráfico en que los presento: 1,2,3,4 - 4,3,2,1).

Más adelante se habla más extensamente de esos ocho caminos (pp. 66-67); y allí encontramos otros cuatro puntos que parecen desarrollar más esa actitud de la *visión y concentración* correctas (que engloban el deseo, la palabra y la obra). Aunque repiten algo ya dicho, nos acercan a una categoría muy fundamental del budismo que podemos calificar como «plena atención»:

- Considerar que el cuerpo es impuro y no sentir apego por él. [El neoplatonismo occidental diría algo semejante].
- Considerar que todos los sentimientos son las causas de los sufrimientos. Considerar que el alma nunca se detiene y es siempre mutable eternamente.
- Considerar que todo existe como efecto de unas causas y unas condiciones; por ello todo cambia eternamente (p. 168).

Históricamente, esta actitud de atención plena (*mindfulness*) se facilitó con la aparición del budismo-zen en Japón. La práctica zen de dejar la mente en blanco con ayuda de la respiración, es enormemente pacificadora y ayuda a entender que uno puede estar tanto más relajado cuanto más vacío esté de sí mismo.

Esas consideraciones van acompañadas en nuestro texto por otras recomendaciones ascéticas, con muchos paralelos en la ascética cristiana, y que intentan dar al alma cuatro rostros fundamentales: «misericordia, amor,

alegría y ecuanimidad» (p. 172). De esos consejos vale la pena destacar uno, relacionado con el tema de este estudio: «La correcta obra de la caridad es no tener idea de lo “mío” y lo “tuyo”» (p. 170). Frase que se amplía con uno de los consejos prácticos «sobre la vida diaria» que cierran el libro: «Nadie debe pensar que lo que ha ganado con su esfuerzo es sólo para él mismo y puede gastarlo para sí solo. Una parte de ello hay que compartirla con otros y hay que dejar otra parte para casos de emergencia» (p. 220).

Pequeño detalle que, en mi opinión, olvidan muchos adictos occidentales del budismo.

1.2 Antropología budista

1.2.1 *Alma y ego*

Todos los hombres están dotados de un alma pura que es su fundamento último, pero están cubiertos con el polvo de la duda e ilusión, originado por condiciones y causas externas. Esta alma manchada no es nuestra verdadera naturaleza, es algo añadido: un huésped que no puede ser identificado con su dueño (p. 68). Detrás de ese polvo flotante está el alma verdadera y pura, sin ser manchada ni reñida con lo más leve (p. 70). La diferencia de sexo no es algo esencial: la mujer, tanto como el hombre, si practica la verdadera senda llegará a la iluminación (p. 65). La bondad nunca se pierde para siempre hasta que uno no la eche fuera de sí (p. 220).

Pese a que los universos lingüísticos sean tan distantes, es posible sugerir

un paralelismo con la experiencia de lo que el cristianismo llamó «pecado original», o con el lamento de Romanos 7,15-25, más la coexistencia de pesimismo y optimismo respecto al ser humano, típica también del cristianismo. En ese plan de «equivalentes homeomórficos» (R. Panikkar) veo posible otro paralelismo con el «descubrimiento» que hizo Etty Hillessum de Dios como presente en lo más hondo de su intimidad, aunque esté recubierto por montones de hojarasca o piedras.

En cambio, no es posible identificar esa noción de «alma» con la de la filosofía platónica: puede traducirse por *mind*, yo, espíritu..., pero lo que se contrapone a ella no es el cuerpo sino el «ego»: igual que en Pablo el «espíritu» no se contrapone a «la carne» como dimensión material del hombre, sino al egoísmo, tanto material como espiritual.

Así llegamos a la gran tesis del budismo: ese ego, que se contrapone al alma, es una falsedad.

1.2.2 *La no existencia del ego*

El concepto del «ego» se produce en las almas que tienen apego a las cosas mundanas. Esta adhesión al yo tiene que ser negada por los que buscan la iluminación (p. 76). Porque los hombres piensan que existe el «ego», sienten apego a lo «mío», pero no puede haber nada mío ya que no existe en realidad el «ego» (p. 61). El bien y el mal... sólo son reacciones momentáneas fruto de las impurezas acumuladas en el pasado. Se parecen al polvo que flota y va de un lado al otro como un viajero (p. 70).

[Los hombres] piensan que el alma discriminante que se encuentra en la raíz de esta vida de nacimiento y muerte es su verdadera naturaleza. No saben que poseen dentro de sí un alma pura que es su fundamento último, pero está cubierta con el polvo de la duda e ilusión, originado por condiciones y causas externas (pp. 67-68). Esa alma es la naturaleza de Buda, o sea, la simiente de Buda (p. 71).

También aquí cabe otro paralelismo con la bíblica «imagen divina» del hombre que, según el Génesis, es lo mejor del hombre pero es también factor de su perversión: de su deseo de «ser como Dios».

Además, la última frase ¿no parece implicar una cierta divinización anónima de Buda, en medio del agnosticismo budista?

[No obstante:] Aun diciendo que en todos los hombres existe la naturaleza de Buda, es tan hondo el fango de las pasiones que no es fácil que salgan los brotes. Por ello el dolor es tan universal e ilimitado como es el número de infelices (p. 88).

Este párrafo precioso sugiere otra vez paralelismos evangélicos: «todos son pecadores», decía Pablo. O expresiones jesuánicas como la de «ovejas sin pastor», la «puerta estrecha»... Esa gran dificultad llevará a la aparición de dos budismos: el Mahayana (gran vehículo) que es el que consideramos aquí, y el Hinayana (pequeño vehículo).

Un problema similar se le planteó también al cristianismo: recordemos el lenguaje de preceptos/consejos.

Los hombres de este mundo son egoístas y no saben amar y respetar al prójimo. Además pelean por necesidades y viven trabajando sólo para ellos mismos, envueltos en el mal y el sufrimiento (p. 95).

Aquí parece abrirse una puerta al enfoque de los profetas, y al tema de la necesidad humana de redención, liberación, salvación, perdón o como se quiera llamarlo. Pero no obstante:

La ignorancia y el deseo tienen fuerza propia para originar todas las pasiones de la razón o del sentimiento y todos los sufrimientos (p. 81).

Sin duda. Pero ignorancia y deseo cambian mucho según las condiciones sociales en que se encuentre uno: en muchos casos, el deseo no surge sólo de la *ignorancia* sino también de la *necesidad*. Marx definía bien al hombre como un «ser de necesidades»; y de necesidades muchas veces imperiosas: tanto que exacerban esa necesidad nuestra constitutiva y la vuelven causa de sufrimientos causados a otros. Además:

Los deseos humanos no tienen límite y nunca se verán satisfechos. Es como beber agua salada que no quita la sed (p. 84).

Preciosa expresión de esa paradoja constitutiva del ser humano que es, a la vez, «finito e insaciable», siendo así que a la esencia de lo finito pertenece necesariamente el ser limitado, circunscriptible y, por tanto, saciable.

Destaquemos finalmente cierta tonalidad «socrática» que pone la raíz

última del mal en la ignorancia más que en la maldad («no saben lo que se hacen», dijo Jesús). Problema muy complejo del que ahora sólo cabe decir que maldad e ignorancia están complejamente entrelazadas en nosotros.

1.2.3 La «causalidad»

Todas las cosas han sido originadas por una serie de causas y de condiciones. [Por tanto] no existe diferencia entre ellas (p. 52). Los hombres se adhieren a los productos de su imaginación... Buda ve el mundo como una nube pasajera (p. 53). Buda explica que las cosas están fuera de la idea de ser y no ser, no son la existencia ni la no existencia, no nacen ni mueren. Las cosas son, debido a una serie de causas y condiciones. Por lo tanto, ese ser en sí no tiene existencia. [Sólo hay] formas aparentes que se presentan a los ojos humanos (p. 54). [Aquí la traducción francesa añade: «Por sus deseos el hombre se adhiere a apariencias»].

Estos párrafos, que desbordan la enseñanza del budismo y constituyen una característica de casi toda la primitiva cosmovisión del Oriente, merecen un comentario más extenso.

- a) La expresión «serie de causas y condiciones», que aparece varias veces, me parece un intento de expresar lo que la filosofía occidental llamó «contingencia». Desde la experiencia parmenidiana del «ser», como necesario y absoluto (experiencia real, aunque no la única), todo lo demás se convierte en mera
- b) Pero el problema es que aunque todo tenga tan poca entidad, los hombres estamos instalados ahí, y el sufrimiento es sentido ahí por el ser humano como bien real, insoportable a veces.⁴ ¿Basta para superarlo el que se diga que es «sólo apariencia»? Quizá bastaría en un mundo donde no existe la maldad sino sólo la finitud y la contingencia, pero ¿en este mundo concreto? Pensemos por ejemplo en las víctimas atroces del Daesh o de la guerra de Siria. Quizá se podrá aminorar su inmenso dolor desde ese nivel de conciencia profunda, pero ¿suprimirlo? Sí que es posible suavizar el dolor de las tres negatividades originales («enfermedad, vejez, muerte»), y en esto el budismo tiene razón. Pero ¿y el dolor de las maldades posteriores, de ahí derivadas?
- c) Por otro lado, la expresión «serie de causas y condiciones» se queda en una descripción meramente fenomenológica, que no pregunta qué entidad tiene esa serie, ni cuál es su origen. Y sin eso tampoco podemos saber por qué lo que nace de esa serie carece de entidad, hasta el punto de que no exista ya diferen-

cia entre existencia y no existencia, muerte y vida etc.

Esta objeción no niega que la experiencia de la «vacuidad» (*Sunyata*) sea una experiencia muy real y auténtica: el problema es que no es una experiencia global, única y completa.

- d) Atención también a la expresión que de ahí deriva: *no-dualidad*, y que tiene un sentido algo diferente del que le da el hinduismo: pues el hinduismo cree en Dios (o en El Uno) mientras que el budismo prescinde de esa creencia. Ahora ya no se trata de una *no-dualidad* entre Dios y yo (*Brahman* y *atman* en el hinduismo) sino entre «mío y no mío»: «el ego siente apego a lo “mío”, pero no puede haber nada “mío” ya que no existe en realidad el “ego”» (p. 61).

El origen de esta expresión «no-dualidad» (tantas veces mal-entendida en mi opinión, por Occidente) viene de una experiencia originaria del Oriente, que es distinta de la experiencia originaria occidental. Dicho gráficamente: Occidente se abrió al mundo desde la vista, y Oriente desde la respiración. Quiero decir que Occidente va a pensar y a estructurarse desde la experiencia «sujeto-objeto» que implica dualidad y contraposición; mientras que Oriente se estructura y pensará desde la experiencia «soplo humano-soplo divino» (*atman-Brahman*), que es más unificadora y ayuda a percibir mejor la escasa entidad del propio yo.

- e) Finalmente, la palabra «causalidad» parece ser un modo de expresar que las cosas (y el hombre)

no tienen en sí la fuente de su existencia: podrían no haber existido y dejarán de existir. Como acabo de decir, en el budismo hay una profunda captación de la identidad entre *ser* y *necesidad*, que permite llamar no-ser a lo no necesario. Algo de eso lo expresa este otro texto:

Donde hay vida hay muerte, donde hay dicha hay desdicha, donde hay bien hay mal. Todos tienen que saber esto. El necio busca sólo la felicidad y teme la infelicidad. El que busca el camino debe superar estas dos cosas y no sentir apego por ninguna de ellas (p. 145).

Este me parece un párrafo fundamental de la antropología budista y de valor universal: nos pide la aceptación de nuestra condición de contingentes y finitos. Es fácil apuntar un paralelismo con la «indiferencia» ignaciana y con el paulino «sé vivir en uno y otro...». Pero, a pesar de eso, quedan pendientes dos preguntas:

La primera: la busca de la felicidad ¿es sólo necesidad? La dinámica de crecimiento y superación (Gen 1,27) ¿es propia de los necios? ¿Cómo diferenciar indiferencia y resignación? En los Ejercicios ignacianos, y en Pablo, la indiferencia brota de la atracción y la preferencia por un fin mayor: por eso no puede ser confundida con el pasotismo. ¿Cuál es en Buda ese fin mayor? ¿Cabría afirmar que es el atractivo de una verdadera libertad, como se sugiere en otro momento: «únicamente venciendo los deseos puede un hombre ser llamado libre» (p. 192)?

La segunda cuestión es que no es lo mismo la pobreza que los pobres. Ante

la primera se puede estar indiferente, ante los segundos no. Es decir: falta el nivel social. La compasión budista ¿es el camino para superar esa falta?

Por otro lado, encontramos esta observación que puede ser decisiva: «la verdadera riqueza no son los tesoros sino el alma misma» (p. 146). Aquí se atisba algo que supera la mera indiferencia («tesoros»): ¿cuál es entonces esa riqueza del alma? ¿Es la mera conciencia de nuestra contingencia, o es algo más? La enseñanza bíblica del alma como «imagen y semejanza de Dios» no resuelve el problema, sino que lo agudiza, porque esa semejanza también es causa de problemas:

Oh alma mía ¿por qué te mueves incansable en este mundo sin valor y no puedes estarte quieta ni un momento? ¿Por qué razón me inquietas y me haces acumular cosas en vano?... Tú has despertado por primera vez en mí el deseo de la búsqueda del camino. ¿Por qué quieres retroceder atraída por los placeres y las glorias del mundo? Cuando te libres de los apegos pensando en la mutabilidad de las cosas y consigas la paz alejándote de la codicia, la ira, la necedad y el pensamiento del «ego», alcanzarás la tranquilidad (pp. 154-55).

1.3 La compasión

1.3.1 *Su objeto*

El origen de las tristezas, quejas, sufrimientos y angustias está en el apego obstinado a las cosas que tiene el hombre: existe el dolor porque existen los deseos, el ansia insaciable

nos hace desear algo inalcanzable... Desde sus comienzos el mundo está lleno de tristezas, además de los tres sufrimientos inevitables de la vejez, enfermedad y muerte (pp. 42-43).

Tal como dije antes, esos tres sufrimientos inevitables ya no dependen del deseo: son anteriores a él y probablemente, contribuyen a producirlo. La compasión de Buda parece dirigirse más a estos sufrimientos originarios que afectan a todo ser humano.⁵

1.3.2 *Su forma*

Sin embargo, esa compasión parece apuntar a una cierta trascendencia, preexistente a la misma persona: «El alma de Buda es misericordia» (p. 15). Y esa alma habla así:

Vuestro sufrimiento es mi sufrimiento y vuestra felicidad es mi felicidad. Así dice, y permanece junto a nosotros todos los instantes. El espíritu de compasión de Buda nace en contacto con el hombre y, en contacto con Él, [mayúscula en el original] nace la fe en los hombres. Los hombres no conocen la compasión de Buda... Dura desde toda la eternidad, existe desde el momento en que los hombres nacieron... [Por tanto, existe antes de nacer el mismo Buda]. Porque la profundidad del pecado humano es inalcanzable, la misericordia de Buda es infinita (pp. 15-16).

La misericordia de Buda se dirige a todos los hombres por igual, pero se compadece más del pecador y del que sufre por su ignorancia (pp. 21-22).

En medio de este mundo de injusticias, de sufrimientos, de ignorancia, de deseos inalcanzables, de disputas y de luchas por la vida, es muy difícil predicar. Buda vence estas dificultades por su gran compasión (p. 29).

Notemos sin embargo cómo, en el lenguaje de estos textos, la compasión de Buda parece apuntar más a una enseñanza que a una redención.

1.4 «Agnosticismo» sobre las preguntas últimas

El universo ¿de qué está constituido?
¿Es finito o infinito? ¿Cómo está constituida la sociedad humana?

El budismo rehúye responder a esos problemas insolubles:

Si alguien pospone la búsqueda y la práctica de la iluminación hasta que estos problemas se resuelvan, morirá antes de alcanzar la iluminación (p. 150).

Los hombres tienen que escoger primero los problemas que deben resolver. ¿Cuál es el problema principal de cada uno? Después de saberlo hay que comenzar controlando el alma (p. 152).

Prescindiendo otra vez de la imposición sólo individual, esa advertencia puede evocar la tesis XI de Marx sobre Feuerbach («hasta hoy los filósofos sólo se han dedicado a interpretar el mundo. Lo que importa es transformarlo»).

En cambio no se considera la hipótesis (o la posibilidad) de que, sin re-

solver todas las preguntas últimas, esa Ultimidad se manifieste por iniciativa propia (en el caso cristiano para decir al hombre que le ama y quiere ayudarlo a llegar hasta Ella misma). Esa hipótesis es precisamente la que ha hecho aparecer, en los universos llamados religiosos, una palabra, «revelación», que alude más a algo recibido que a algo encontrado.

Pero, curiosamente, ese agnosticismo budista no impide la existencia de una auténtica fe,⁶ definida una vez como:

Creer en la sabiduría de Buda (p. 177).
Nada tiene tanto valor en este mundo como creer en Buda...

¿Estamos ante una versión budista de la paulina justificación por la fe? Veamos cómo sigue:

Todos los hombres, con sólo tener fe en Buda logran la salvación y alcanzan la iluminación.⁷ Buda ama a todos los hombres como a hijos propios: por eso, si el hombre piensa en Buda como en su madre, podrá ser Buda y alcanzar la salvación (p. 178).

Reaparece aquí la impotencia humana y la necesidad de una ayuda. Pero queda la pregunta de si esa fe es sólo en la doctrina de Buda o en la persona de Buda. Si lo segundo ¿quién es ese Buda que salva? ¿Vive? ¿Es sólo el mero recuerdo del pasado? Y ¿cómo un mero recuerdo puede ayudar tanto? Si es lo primero ¿qué significa entonces ese lenguaje sobre el amor de Buda? ¿Cabría decir que, así como en el cristianismo se habla de un paso del Jesús histórico al Cristo de la fe,

también encontramos aquí un paso del Siddharta histórico al Buda de la fe?...

En cualquier caso, queda la impresión de que donde el budismo promulga «fe, sabiduría y amor» (p. 177), el cristianismo dice: fe, esperanza y caridad. Y en esas tres es donde estará la verdadera sabiduría (cf 1Cor 2,7).

1.5 La iluminación

1.5.1 Su necesidad

La conducta de los hombres está en contra de los principios de la naturaleza. Esta es la verdadera imagen de este mundo: los hombres nacen en el sufrimiento y el mal es su naturaleza, no saben hacer el bien. Todo es para su provecho e ignoran lo que significa dar (p. 99).

La primera frase parece un sinónimo de lo que en Occidente se llamaba «ley natural», concepto que buena parte de la Modernidad rechaza por considerarlo demasiado estático y poco cambiante. Pero este párrafo es más bien descriptivo como casi todo el pensamiento budista. En él destaca una preocupación por la finitud, como cerrazón en uno mismo, que prepara el camino al texto siguiente:

Buda es aquel que ha llegado al estado de Buda. Los hombres son futuros Budas: no existe ninguna diferencia cualitativa entre ellos. Sin embargo, aunque los hombres son Budas en vías de serlo, no lo son todavía; por eso cometen un gran error si piensan que están al final del sendero de la iluminación (p. 74).

Este, en cambio, es un texto dinámico que evoca esa dialéctica cristiana entre el «ya sí», y el «todavía no». Cabría emparentarlo con textos neotestamentarios como 1Jn 3,1ss, o la forma como Pablo afirma que ya «hemos» resucitado con Cristo (Col 3,1ss).

1.5.2 La obra de Buda

Buda, que conocía esta naturaleza del hombre se hizo *Bodhisattva*⁸ y, para salvar a los hombres hizo los siguientes votos: aunque yo me convierta en Buda, si todos los seres humanos no son iluminados, juro no alcanzar la iluminación. Si mi claridad no alcanza a todos los rincones de la tierra, si mi vida no puede ser útil para salvar un número ilimitado de otros hombres, si los hombres de todas las direcciones, al escuchar mi nombre no logran poseer la profunda fe que libra de la idea de la vida y de la muerte, y la sabiduría que hace superar todos los obstáculos antepuesto a los deberes... juro no alcanzar la iluminación. Buda... durante un tiempo incalculable repitió obras piadosas y construyó un Reino Puro (Tierra pura). En la remota antigüedad se convirtió en *Amida*, el padre de la Luz Infinita y de la Vida Eterna. Ahora se encuentra en su Reino iluminando a todos los hombres (pp. 102-105).

También aquí surgen equivalentes con el cristianismo (al menos de lenguaje): la *kénosis* de Cristo por amor y el «Cristo total». No obstante, la redención (o iluminación) no acontece aquí por una obra de Buda (pues no hay con quién reconciliar al hombre) sino por

una enseñanza. Esto lo acerca más a los profetas que serán nuestro término de comparación en este Cuaderno. También hay expresiones que parecen aludir a un Dios o un Más-allá, pero que evitan concretar esa sugerencia. Y, para acabarlo de arreglar:

Buda aparece siempre en compañía de dos *Bodhisattvas*: el de la Compasión y el de la Sabiduría (p. 108) [¿el *Pneuma* y el *Logos* del lenguaje cristiano?].

1.5.3 La obra del hombre

Cualquier hombre que escucha el nombre de Buda puede renacer en su Reino con sólo desear, creer y ser feliz con Buda... El corazón de Buda, lleno de misericordia, salva a todo el que tiene fe y aun a los que no lo conocen. Los que renacen en esa tierra pura tienen una vida eterna. Sus almas se llenan del deseo de salvar a los hombres y se dedican a esa labor..., llegan a actuar para la felicidad del prójimo como para sí mismo y a vivir con los hombres de la misericordia;... saben la fuerza ilimitada de la misericordia de Buda; en el alma de estos hombres no existe el apego, ni diferencia entre el «ego» y el prójimo... Para esto es imprescindible la ayuda de Buda, que concede una oportunidad para ser uno con Él mismo (pp. 105-107) [mayúscula en el original]. Todos tienen que memorizar las palabras: «*Namu-Amida-Butsu*» [total confianza en Buda] (p. 110).

Otra vez surgen paralelismos con la teología cristiana, no sólo a niveles de experiencia sino incluso a niveles de len-

guaje. Pero parecen formulados expresamente a un nivel más formal, menos concreto de lo que hace el cristianismo. De hecho, Buda es llamado *El Buda de la Luz Infinita y de la Vida Ilimitada* (p. 112).

1.6 La praxis budista

El camino implica 5 puntos: una idea correcta de las cosas (saber que la causa de todos los sufrimientos son las pasiones terrenales y que éstas provienen de una falsa idea del «ego» que ignora la ley de la causalidad) (p. 116).

Traducido a un lenguaje más occidental: no desconocer nuestro carácter contingente y limitado para quedarnos con esa sensación que nos da nuestro ego, de ser alguien absoluto. En lenguaje cristiano: reconocer que, antes que imagen de Dios, somos meras creaturas cuyo ser es todo recibido. Pero sigamos enumerando:

De ahí se sigue un necesario control de los deseos para apaciguar las pasiones. Éste llevará a un uso propio de las cosas (la ropa y la comida están relacionadas con las necesidades del cuerpo y no deben ser utilizadas para la comodidad o el placer). El cuarto punto es aprender a soportarlo todo y el quinto evitar los peligros (el hombre que persigue la fama, el dinero y el poder es como un niño que lame la miel untada en una espada: mientras saborea la miel corre el peligro de cortarse la lengua) (pp. 116-117, 119).

Desde estos puntos, la crítica budista al capitalismo económico es más

dura incluso que la cristiana: porque está fundado sobre la búsqueda del máximo beneficio y sobre un consumismo que falsifica el uso de las cosas. La tríada dinero-fama-poder es muy lúcida humanamente hablando: coincide por ejemplo con la que san Ignacio presenta en su Ejercicios como camino de la perdición (en la meditación de «dos banderas»).

En cambio llama la atención que, en ese camino, no haya ningún paso explícito hacia la solidaridad con las infinitas víctimas que produce el mal camino; aunque sea innegable por otro lado que, siguiendo el camino budista, se evitaría toda esa producción de víctimas. Pero nuestro problema es que ese camino no lo comenzamos hoy, sino que la humanidad lleva ya muchos siglos en una dirección falsa.⁹

Por otro lado, la solidaridad con las víctimas es muchas veces medio para esa liberación del ego y para esa visión correcta de las cosas del primer punto. Lo cual puede ser útil ante la dificultad del camino que nuestro texto constata:

Ese camino es duro, pero aún es más penoso no tener un alma que busque el camino (p. 120). [Por otro lado] cuando el alma se enturbia, la conducta se vuelve impura y cuando la conducta es impura no hay manera de evitar el sufrimiento.

Otra vez la pregunta: ¿el sufrimiento propio o también el ajeno? Y también: ¿dónde encontrar las ayudas para esa dificultad?¹⁰ Tras la enumeración que hace esta cita, uno se ve llevado a clamar con Pablo de Tarso: «desgraciado de mí ¿quién me librará de esta situación?».

Eso parece haber llevado a algunos budismos a las referencias antes citadas sobre la ayuda del Buda eterno, mientras en otros pervive la fórmula: «si te encuentras al Buda mátalos», cuyo significado es: el budismo no es una relación personal, sino una enseñanza verdadera: la del silencio y la interioridad. Quizás es también esta necesidad de ayuda la que ha llevado a algunos budismos a pasar, desde el agnosticismo, hacia una especie de teísmo implícito o divinización implícita de Buda.

1.7 Último sermón de Buda

Discípulos míos... lleváis dentro de vosotros la luz... Pensad que, tanto como el dolor, el placer también es causa de sufrimiento y no os inclinéis a él. Pensad que dentro de vuestra alma no existe el «ego» y no os inquietéis. Si hacéis así podréis desprenderos de todos los sufrimientos...

El punto más importante de la enseñanza es el control del alma: el alma hace del hombre un Buda y también un animal. Si el mal trata de atraer al alma y el deseo os tienta, tenéis que reprimirlos.

Sed cordiales, respetaos el uno al otro y no originéis disputas. Estad en armonía como la leche y el agua en un recipiente y no os rechacéis como el agua y el aceite.

La enseñanza que os predico la logré siguiendo yo mismo el camino. El demonio de los deseos está siempre buscando la oportunidad para haceros

caer: si en vuestra habitación viviera una víbora, de seguro no podríais dormir tranquilos.

Llega la hora de mi fin. No olvidéis que esta muerte es la muerte de la carne... En estos cuarenta y cinco años prediqué todo lo que había que predicar; no queda en mí ningún secreto (pp. 10-14).

1.8 Puertas abiertas hacia los profetas de Israel

Añadamos otras citas que abren la puerta al sentido social y a la crítica social, aunque de manera más sapiencial que profética (el rico no sólo hace daño a otros sino que se hace daño a sí mismo):

El rico si tiene tierras se inquieta por ellas, si tiene casa se inquieta por ella. Se inquieta porque tiene apego a las cosas existentes... El pobre sufre por la insuficiencia. Desea casa, tierras y quemándose en ese deseo sin fin, termina cansado de alma y cuerpo. Por ello, sin poder continuar viviendo, hay quienes mueren sin haber completado su vida (p. 96).

Es menester echar fuera el alma egoísta y hacer esfuerzos para ayudar al prójimo. Un acto que hace feliz a otro inspira a quien lo recibe a hacer felices a otros (p. 132).

El tono sapiencial permite aplicarlas también al pobre, en la línea evangélica de los «pobres con espíritu».¹¹ Así se compensa lo antes dicho sobre la falta de sentido social, y se abre una

rendija que permite la entrada del aire solidario. Quede para otro momento la comparación con los textos bíblicos sapienciales sobre los pobres y la justicia. Ahora resumamos todo lo anterior con una frase espléndida del budismo zen japonés: «Cuando estás ilusionado eres utilizado por tu cuerpo; cuando estás iluminado utilizas tu cuerpo».

1.9 A modo de conclusión

1.9.1 *Budismo y Modernidad*

El budismo tiene el gran mérito de haber puesto de relieve la fragilidad y pecaminosidad del hombre, que nuestra Modernidad se negó a reconocer, abortando así una preciosa serie de promesas humanas (y cristianas) que la Modernidad intuía, y yendo a dar en una «postmodernidad» escéptica, comodona.

Dije otra vez que la izquierda intenta desconocer el pecado original (la insensatez en lenguaje budista) y la derecha, que lo reconoce, se aprovecha de él para sus intereses menos confesables. Aunque se objete que el poder (tanto civil como eclesiástico) tiende a aprovecharse de esa pecaminosidad humana para imponerse con argumentos e imperativos moralistas, frenando así el progreso, la reacción contra ese desmán no es negar la impotencia moral humana, sino denunciar y corregir el abuso que los poderosos hacen de ella. De lo contrario acabamos en la frase gráfica del biblista G. Lohfink: «nuestro progreso no ha llevado a que los hombres dejen de comerse unos a otros, sino a que lo hagan con tenedor y cuchara».¹² El ingenuo sueño mar-

xiano de que, cambiadas las estructuras, cambiarían automáticamente las personas, hubiera necesitado una buena cura de budismo.

Por otro lado, el budismo puso de relieve esa verdad humana sin ningún interés de aprovecharse de ella, sin ninguna condena moralista, sino desde la compasión por el ser humano y buscando ayudarlo. El catolicismo occidental necesita aprender muy de veras esa lección: pues el clamor moral y la denuncia que hay en los profetas de Israel y en Jesús, no se dirigen contra la debilidad del hombre, sino a favor de las víctimas que los hombres producen aprovechando esa labilidad humana. Jesús proclamó nítidamente que no pretendía dirigirse a «justos» sino a pecadores, no a los «sanos» sino a los enfermos, no a los ciegos sino a los que creen ver: «si estuvierais ciegos no tendríais pecado, pero como decís que veis vuestro pecado persiste» (Jn 9,41).

Cabe pues cuestionar seriamente cierta «moda oriental» que últimamente corre entre nosotros y que pretende utilizar la sabiduría del Oriente (la budista en concreto) no para cambiar de vida y buscar la iluminación, sino como «reposo del guerrero»: para descargar las tensiones de las luchas de clase, y poder seguir oprimiendo con tranquilidad. El «yoga para ejecutivos» nunca podrá ser un tranquilizador de conciencias, ni aunque tenga la ventaja de no enfrentar al hombre con ninguna Instancia Superior a la que rendir cuentas. Tampoco conseguirá llevar a una paz duradera y profunda, sino a momentos de relajación más o menos fugaces.

Pero la trayectoria budista que nuestro libro cita varias veces: ignorancia (o

insensatez)-codicia-ira (por el fracaso), tiene un paralelismo en el lenguaje cristiano: ceguera-idolatría-perversión (o «castigo»). Esa ha sido en parte trayectoria de nuestra Modernidad. Pero sería injusto reducirlo todo a eso: porque la Modernidad también atisbó una tierra prometida (derechos humanos y construcción de la historia) que hoy no deberíamos perder desengañados.

1.9.2 Budismo y estructura social

Ya aludimos antes a la crítica radical del budismo al sistema capitalista. Pues bien: en una sociedad como la nuestra que se define ya como «sociedad de consumo», el budismo resulta oportunísimo (hoy quizás imprescindible) para dirigirse a los consumidores. Los profetas de Israel apuntan más bien a los promotores y beneficiarios de ese consumismo que, con su señuelo, son creadores de infinidad de injusticias y sufrimientos. El budismo podría llevar a una especie de «huelga general de consumo» que acabara colapsando al sistema consumista. Los profetas buscan poner en evidencia a todos los que engañan al ser humano creándole necesidades falsas para beneficiarse de ellas. De ambos podría surgir una Iglesia que, sin dejar de ser comunidad (como es la comunidad budista), sea también, con palabras de Francisco «un hospital de campaña», hoy imprescindible. Uno de los mejores críticos de nuestro sistema económico (E. F. Schumacher) fue un admirador del budismo, por su trabajo en Birmania; el budismo le llevó al catolicismo, y acabó publicando esa pequeña joya cuyo título ya lo dice todo: *Lo pequeño*

*es hermoso. Para una economía en la que importen las personas.*¹³

1.9.3 El destino del profeta

Hay, no obstante, una diferencia llamativa entre los textos presentados y los que ahora van a seguir: Buda fue muy

aceptado y bien acogido. Los profetas de Israel fueron casi siempre rechazados: a Amós se le mandó a su casa, Miqueas (2,6) acusa a los que tratan de silenciarlo, Jeremías fue acusado de traidor a la patria y hasta se intentó matarle... Hasta culminar en Jesús de Nazaret, crucificado como blasfemo y terrorista.

2 EL GRITO (TEXTOS DE LOS PROFETAS)

En esta parte ordenaremos los textos por autores y no por materias como en el capítulo anterior, puesto que no se trata de una enseñanza sino de una protesta.

2.1 Los principales profetas

Amós

El profeta Amós vive en el siglo VIII a.C., reinando Jeroboán II: el Norte [Israel] acaba de separarse del Sur [Judá] y vive momentos de prosperidad económica. Amós procede del Sur y será expulsado de Israel.

Venden al inocente por dinero, al pobre por un par de sandalias, pisotean al desvalido, y evitan el camino de los humildes (2,6).

¡Vacas suizas...!¹⁴ Oprimís a los indigentes, maltratáis a los pobres y

decís a vuestros amantes: ponme más bebida (4,1). Ay de los que convierten la justicia en acíbar y arrastran el derecho por los suelos (5,7). Detesto y rehúso vuestras fiestas, no me aplacan vuestras solemnidades litúrgicas; por muchos holocaustos y ofrendas que me hagáis no los aceptaré... Que fluya el derecho como el agua y la justicia como un arroyo perenne (5,21-24).

Os acostáis en lechos de marfil, arrellanándoos en divanes coméis carneros y terneras del rebaño, canturreáis al son del arpa, bebéis vino en copas, os ungís con perfumes exquisitos y no os doléis del desastre del pueblo

[de José]... Detesto ese fasto y odio esos palacios; entregaré la ciudad y sus habitantes (6,4-8).

Escuchad los que oprimís a los pobres y arruináis a los indigentes. Pensáis: ¿cuándo pasará el sábado para vender el trigo, para encoger la medida y aumentar el precio, para comprar por dinero al desvalido y al pobre por un par de sandalias? El Señor de Jacob jura no olvidar jamás lo que habéis hecho (8,4 y ss.).

Amós denuncia cosas no prohibidas por la Ley (como dormir en lechos de marfil) pero que son expresión de una estructura en la que, desde la ciudad, se va haciendo desaparecer a los campesinos para quedarse con sus tierras y hacer grandes latifundios. Por eso, según algunos comentaristas (y con lenguaje de hoy) Amós es el primer profeta que no es «reformista» (como vg. Elías) sino claramente «antisistema». Por otro lado, da la sensación de que comienza hablando el profeta y, al final, es Dios el que habla.

Oseas

Un poco posterior a Amós, pero del Norte. Es el profeta que más compara la injusticia con la idolatría debido a la historia personal de la prostitución de su esposa. Jeremías parece haber bebido mucho de él. Vivió además una época con varios golpes de estado violentos.

Israel era una vid frondosa, daba fruto. Cuanto más fruto, más altares, cuanto mejor iba el país, más imá-

genes de dioses (10 1,2). Ya no hay verdad ni lealtad, ni conocimiento de Dios en el país, sino juramento y mentira, asesinato y robo, adulterio y libertinaje, homicidio tras homicidio... Los sacerdotes se alimentan de los pecados de mi pueblo y hacen negocio con sus culpas (4,1.8).

Galaad es una villa de malhechores con huellas de sangre. Sus sacerdotes como banda de bandidos al acecho (6,8.9).

Añadamos otras tres frases de Oseas, porque sirven para contextualizar sus denuncias y las de los otros profetas: «Me casaré contigo para siempre, a precio de justicia y derecho, de afecto y cariño... y conocerás al Señor» (2,21). Oseas junta la clásica bina «justicia y derecho» con esta otra: misericordia y entrañabilidad (*rahamim*: entrañas). «No ejecutaré la condena (merecida), no destruiré a Israel: porque soy Dios y no hombre» (11,9). Y por eso: «Quiero misericordia y no culto, conocimiento de Dios y no ofrendas» (6,6: frase que Jesús citará en dos ocasiones).

Miqueas

Vivió en los siglos VIII-VII: también del Sur, pero ya no critica sólo al Norte: la corrupción ha pasado de Israel a Judá. Se dice que no sólo critica injusticias concretas, el latifundio sobre todo, sino una pseudoteología que pretende sustentarlas.

Ay de los que planean maldades y traman iniquidades en sus lechos, para ejecutarlas al amanecer, porque tie-

nen poder para ello. Codician campos y los roban, casas y las ocupan... Os alzáis contra mi pueblo como enemigos; arrancáis túnica y manto a quien transita confiado; echáis del hogar querido a las mujeres de mi pueblo... (2,1.2; 8.9).

En una situación de opresión, el pueblo de Dios («*mi pueblo*») no parecen ser todos (opresores y oprimidos), sino sólo los oprimidos.

Jefes de Jacob: ¿no os toca a vosotros ocuparos del derecho? (en cambio) os coméis la carne de mi pueblo, lo despellejáis, le rompéis los huesos, lo tratáis como carne para la olla o el puchero... Cuando tienen algo que morder anuncian paz, pero declaran una guerra santa a quien no les llena la boca... Edifican con sangre a Sión y a Jerusalén con crímenes. Los jefes juzgan por soborno, los sacerdotes predicán a sueldo, los profetas adivinan por dinero. Y encima se apoyan en el Señor (3,2.3.5.9-11).

Los ricos están llenos de violencias, la población miente, tienen en la boca una lengua embustera... Han desaparecido del país los hombres leales, no queda un hombre honrado, todos acechan para oprimir, el príncipe exige, el juez es sobornado,... la bondad deformada como si fuera espinas, y la rectitud como si fuera un zarzal (6,12; 7,2-3).

Y ante la pregunta supersticiosa del pecador: ¿con qué me presentaré al Señor?: ¿me inclinaré ante Él, le ofreceré mil carneros o le sacrificaré a mi primogénito por mi pecado? (6,6),

la respuesta del Señor es tan sencilla como tajante:

Ya se te ha explicado lo que el Señor desea de ti: tan sólo que practiques la justicia, que ames de verdad, con ternura, y camines humilde con tu Dios (6,8).

Miqueas coincidiría plenamente con Buda (y con el Nuevo Testamento: 1Tim 6,10) en señalar a la codicia como raíz de todos los males.

Isaías

El profeta y su escuela realizan su actividad entre los siglos VIII-VI a.C. Gran poeta, influido según muchos por Amós, pasa por ser el más preocupado por la justicia social. Vivió una época enormemente complicada por infinidad de amenazas diversas.

¿De qué me sirven todos vuestros sacrificios?... No me traigáis más ofrendas... Vuestras solemnidades y celebraciones las detesto, me son insoportables... Buscad la justicia, socorred al huérfano, proteged a la viuda. Entonces venid y hablaremos (1,11.13.14.17).

(El Señor) esperó de ellos derecho y ahí tenéis: asesinatos. Esperó justicia y ahí tenéis: lamentos. ¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos, hasta no dejar sitio a otros y vivir solos en medio de Israel! ¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal! (5,7.8.20). ¡Ay de los que dictan decretos injustos, de los notarios que registran vejaciones que dejan sin defensa al desvalido y

niegan sus derechos a los pobres de mi pueblo, que hacen su presa de las viudas y saquean a los huérfanos!... (10,1-2).¹⁵

El Señor Todopoderoso os invitaba a llanto y a luto. Pero vosotros, venga fiestas y alegría: a matar vacas, a degollar corderos, a comer y beber que mañana moriremos (22,13). La tierra vacila como un borracho: su pecado le pesa tanto que se desploma y no se alza más (24,20); pero vosotros decís: cuando pase el azote arrollador no nos alcanzará porque tenemos la mentira por refugio y el engaño por escondrijo (28,15).

Es un pueblo rebelde que dice a sus intelectuales [literalmente: videntes]: No habléis sinceramente, decidnos cosas halagüeñas, apartaos de vuestro camino, dejad de ponernos delante al Santo de Israel (30,2.3).

Las naciones son gotas de un cubo y valen lo que polvillo de la balanza (40,15).

El día de ayuno buscáis vuestro interés y apremiáis a vuestros servidores... La penitencia que yo quiero es ésta: parte tu pan con el hambriento, abre tu casa al cansado, viste al desnudo y no te desprecupes de tu hermano (58,3.7).¹⁶ La mano del Señor no se queda corta para salvar... pero vuestras manos están manchadas de sangre, vuestros dedos de crímenes, vuestros labios dicen mentiras y vuestras lenguas susurran maldades... Conciben el crimen y dan a luz la maldad... Sus pies tienen prisa por derramar sangre inocente... Así se

tergiversa el derecho y queda lejos la justicia: porque la honradez tropieza por las plazas y la sinceridad encuentra cerradas las puertas (59,1.3.14)

Hay quien (me) inmola un toro y es como si matara a un hombre... hay quien trae una ofrenda y es como si inmolara sangre de cerdo,¹⁷ hay quien me invoca quemando incienso y es como si bendijera a un ídolo (66,3).

Jeremías

Es el primer profeta (siglo VII) que se atrevió a criticar directamente a los reyes. Pasó de un optimismo inicial a un gran pesimismo: la humanidad sólo tendrá arreglo si la ley de Dios está inscrita no en unas tablas exteriores sino en los corazones de los hombres.

Ay del que edifica su casa con injusticia, piso a piso, inicualemente. Hace trabajar de balde a su prójimo sin pagarle el salario debido. Piensa: me construiré una casa espaciosa con salones bien ventilados, abriré ventanas, la revestiré de cedro, la pintaré de rojo... ¿Piensas que eres un rey? Sólo tienes ojos y corazón para el lucro, para derramar sangre inocente, para el abuso y la opresión. Tu padre, en cambio, practicó la justicia y el derecho, hizo justicia a pobres e indigentes. ¡Eso sí que es conocerme! (22,13.14.17.15.16)

No os hagáis ilusiones repitiendo «la casa de Dios, la casa de Dios». Pues sólo si hacéis justicia, si no explotáis al inmigrante, al huérfano y a la viuda, si no derramáis sangre

inocente, sólo entonces habitaré con vosotros... ¿Creéis que este templo que lleva mi Nombre es una casa de bandidos? (7,4-7.11).

Quien quiera presumir que presuma no de su saber, ni de su valor ni de su riqueza, sino de comprender que yo soy el Señor que establece en la tierra la lealtad, el derecho y la justicia, y se complace en ellos (9,22-23).

Sofonías

Este autor, muy duro con las clases altas, pasa por ser el promotor de la reforma de Josías después del largo e inmoral reinado de Manasés (siglo VII).

El día del banquete tomaré cuentas a nobles y príncipes... Se acabaron los mercaderes y desaparecieron los usureros: registraré a Jerusalén con linternas para pedir cuentas a los alestargados con vinos generosos..., sus riquezas serán saqueadas, las casas que se construyen no las habitarán (1,9.12.13).

Ay de la ciudad manchada y opresora... Sus príncipes son leones rugientes, sus jueces lobos hambrientos, sus profetas unos temerarios desleales, sus sacerdotes profanan lo sagrado... Pero el criminal no reconoce su culpa (3,1-4.5).

Un comentarista alemán llega a escribir que en Sofonías aparece «la auténtica condena profética de la evolución económica hacia el sistema capitalista».¹⁸ Quizá baste con decir que esa es la evolución de la codicia.

Habacuc

Conocido por sus «ayes» que pasan por ser una de las críticas más serias a todos los imperialismos. Desarrolló su actividad a finales del siglo VII.

¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que me escuches?... ¿Por qué me haces ver crímenes, me enseñas injusticias, me pones delante violencia y destrucción? La justicia no triunfa, los malvados cercan al inocente y el derecho sale pisoteado... Tus ojos son demasiado puros para estar mirando el mal, no puedes estar contemplando la opresión. ¿Por qué, pues, contemplas en silencio a los traidores y al culpable que devora al inocente? (1,2-4.13).

Ay del que mete en casa ganancias injustas y anda muy erguido para librarse de la desgracia (2,8).

Ezequiel

Sacerdote de Jerusalén, del siglo VI, muy crítico con su ciudad. Por su condición sacerdotal sospechan algunos que las denuncias de justicia social son adiciones posteriores. Pero precisamente Ezequiel es muy crítico con el estamento sacerdotal.

En ti, los príncipes de Israel derraman sangre abundante, despojan al padre y a la madre, atropellan al forastero, explotan al huérfano y a la viuda... En ti se practica el soborno para derramar sangre, cobras unos intereses de usurero, te lucras a costa del prójimo y a mí me tienes olvidado... Pero yo es-

toy batiendo palmas al ver los negocios que haces y la sangre que hay en ti... La casa de Israel se ha convertido en escoria (22,6-7, 12-13.16).

¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos! ¿No son las ovejas lo que tienen que apacentar los pastores? Pero vosotros os coméis su enjundia, os vestís con su lana, matáis las más gordas, no fortalecéis a las débiles ni curáis a las enfermas, ni vendáis a las heridas, ni buscáis las perdidas y maltratáis brutalmente a las fuertes... Y luego mis ovejas tienen que pacer lo que hollaron vuestras pezuñas y tienen que beber lo que vuestras pezuñas enturbiaron (34,2-4.19).¹⁹

Esto dice el Señor: ¡basta ya príncipes de Israel! Acabad con la violencia y la rapiña, y practicad el derecho y la justicia. Dejad de atropellar a mi pueblo (45,9).

Malaquías

Se lo sitúa en el siglo v a.C., cuando el Templo ha sido reconstruido y el culto vuelve a funcionar tras el destierro. Algunos intentaron identificarlo con el reformador Esdras:

Os llamaré a juicio, seré testigo exacto contra hechiceros, adúlteros y perjurados, contra los que defraudan al obrero en su jornal, oprimen a viudas y huérfanos²⁰ y atropellan al inmigrante sin tenerme respeto (3,5). «Tendremos que felicitar a los arrogantes, pues los malvados hacen fortuna mientras tienen a Dios impunemente»: así hablan hoy los fieles del Señor (3,15-16).

Baruc

Presunto compañero y portavoz de Jeremías, cuyo nombre utilizó un autor de entre los siglos III y II a. C., por lo que algunas biblias le atribuyen [como capítulo final] una carta de Jeremías claramente anterior. Pasa por ser el último profeta de Israel:

¿Dónde están los jefes de las naciones, los que atesoraban oro y plata en los que confían los hombres, y era inmensa su fortuna? (3,17)

«Sus dioses están recubiertos de oro y plata, pero son falsos e incapaces de hablar y no se libran del orín y la carcoma. Les ponen mantos de púrpura y tienen que limpiarles la cara del polvo del templo que se les acumula encima... ¡Cuidado no os asimiléis a los extranjeros, no os dejéis dominar por el temor!... Sus sacerdotes venden las víctimas de sus sacrificios para aprovecharse y sus esposas las sazonan sin dar nada a los pobres y necesitados» (Carta de Jeremías vv. 10-11, 4,27).

2.2 Budismo y profetas: ¿lenguajes opuestos?

Dejamos ahora la pregunta de muchos biblistas: las soluciones ofrecidas por los profetas ¿eran eficaces? Esas preguntas surgen siempre ante los críticos de cualquier situación histórica. A nosotros nos interesa otra cosa.

¡Qué contraste entre este lenguaje y el anterior del budismo! Ese contraste persiste aunque reconozcamos

que el lenguaje de los profetas no es sólo la denuncia aquí presentada, sino que tiene otros acentos de promesa, consuelo, plegaria etc. Aun así, ¿son opuestos estos dos lenguajes? ¿O, más bien, habría que comprender que son lenguajes *complementarios* y que ninguno de ellos se mantendrá y llegará a su plenitud sin el otro? Todo grito que no brote de un auténtico «silencio» (de una riqueza interior) podrá ser «político» pero no será profético.

El lenguaje de los profetas mantiene siempre un esquema de *denuncia, amenaza de castigo, y promesa final*, al que se añaden otros oráculos contra las naciones paganas. Pero a éstas se las amenaza sólo por su falta de ética (crueldad, injusticia), aunque Dios se valga de ella para castigar a su pueblo. Mientras que, en las denuncias contra Israel, el factor principal de la queja es que se trata del pueblo elegido por Dios como «propiedad personal» (Ex 19,5), del pueblo al que Dios ama de manera particular (de ahí las metáforas vistas de adulterio etc). Por eso a la amenaza sigue siempre la promesa de reconciliación: a pesar de lo duro de muchas denuncias, nunca falta el anuncio de un futuro mejor. En todos los profetas late una convicción de que la justicia es la mejor y la única fuente posible de paz, interior y exterior.

Por tanto: en los profetas la compasión es siempre y primariamente compasión *hacia las víctimas*, no meramente ante la capacidad de autoengaño humana sino ante las salvajadas y sufrimientos que puede producir esa maldad, olvidando que «no son más que hombres», como rezaba el salmista (9,21) y acentuaría el budismo. Por eso, el profetismo judío no busca

sólo *liberarse* del deseo humano sino al revés: mantener el deseo y la pasión, pero convirtiéndolos: *transformarlos* en deseo de justicia, de vindicación de las víctimas.

En cambio Buda no impone nada: sólo busca iluminar la verdad de nuestra realidad y, desde ella, el hombre ya no necesitará mandamientos o, si los necesita, será sólo por su tremenda fragilidad que el budismo reconoce también. Es un buen ejemplo de aquella frase que hizo célebre D. Bonhoeffer: sus enseñanzas valen «etsi Deus non daretur» (aunque Dios no existiera...). Por eso puede ser tan útil para el hombre de hoy.

Reconociendo estas diferencias, hagamos un resumen de la enseñanza de esos textos de los profetas, encerrándolos en otras «cuatro nobles verdades». Creo que serían éstas:

1. Los oprimidos, los indefensos y las víctimas son los preferidos de Dios.
2. Precisamente por eso, el compromiso con ellos y por ellos es el único culto verdadero que el hombre puede dar a Dios, incluso aunque no crea en Él.
3. Dios rechaza todo otro culto que no vaya vinculado a ese compromiso, o que sirva de excusa para olvidarlo.²¹
4. En la aceptación de las tesis anteriores se da la verdadera fe y el verdadero «conocimiento de Dios», incluso aunque no se crea en Él.

¿Se contraponen estas tesis a las cuatro nobles verdades de Buda, o más bien las complementan y las llevan a la cumbre? Según circunstancias de lugares, épocas y personas habrá que co-

menzar por unas o por otras.²² Pero en la madurez humana y creyente deben convivir y hermanarse ambas. Pues, como intenté mostrar en otra ocasión, para un cristiano creer en Dios sólo

puede significar «creer en el Amor»,²³ pero en el Amor con mayúscula (ya que la palabra amor, junto a la palabra Dios, son las más falsificadas e instrumentalizadas del lenguaje humano).

CONCLUSIONES

Leamos un texto cristiano que podría ser perfectamente budista y muestra cómo el cristianismo no niega nada del budismo, sino que le añade algo. Son los versos siguientes:

Cuando reparas en algo	→ dejas de arrojarle al todo;
para venir del todo al todo	→ has de dejarte del todo en todo, todo,
y cuando lo vengas	
del todo a tener	→ has de tenerlo sin nada querer.
En esta desnudez	→ halla el espíritu su descanso:
porque no codiciando nada	→ nada le fatiga hacia arriba
y nada le oprime hacia abajo	→ porque está en el centro de su humildad. ²⁴

Integrar

A eso, tan auténticamente budista y tan plenamente cristiano, la fe en Jesucristo le añade algo, que ya se fue gestando en los profetas de Israel. No se trata pues de contraponer (como hoy se hace algunas veces) sino de integrar. Dicho de otro modo: se trata de no perder nada de ninguna de las dos partes, sobre todo por lo que hace a la palabra compasión (o misericordia) común a ambas.

He subrayado en otros lugares que la expresión «se le conmovieron las entrañas» es la que más veces dicen los evangelistas sobre Jesús. Esas entrañas conmovidas recaen en primer lugar sobre aquellos que son las víctimas de esta historia y que el capítulo 6 de Lucas enumera en cuatro «bendiciones», acompañadas de otras cuatro maldiciones para los que son sus verdugos. Pero esa compasión santamente «indignada» de ninguna manera excluye

otra compasión «compasiva» (o comprensiva), ante la increíble capacidad de autoengaño que tenemos los humanos para montarnos la historia a nuestro gusto, cegándonos en esa busca de autoafirmación o de reconocimiento, que tantas veces perciben los demás y no nosotros. A Jesús también se le conmovían las entrañas ante esa multitud inmensa que Él veía como «ovejas sin pastor» y Buda como ciegos sin guía.

Además, sólo esta otra forma de compasión puede evitar que la indignación meramente ética deje de ser santa y que nos convirtamos en jueces de todos los victimarios de esta tierra, asignándonos una tarea que sólo compete a Dios, y cayendo así en otra forma de autoengaño.

Trascender

Nuestro análisis parece confirmar la tesis del teólogo de Sri Lanka, A. Pieris: la experiencia religiosa general, cuando es auténtica (producida por el Espíritu), es una experiencia de pobreza y de llamada a la pobreza. A ella la manifestación de Dios en Jesucristo le añade la revelación de un «pacto» o alianza de Dios con todos aquellos que, en la historia humana, son los empobrecidos y las víctimas de quienes, aun siendo a lo mejor muy piadosos, no escuchan esa llamada de la verdadera religiosidad a la sobriedad compartida. «Vivir para ellos y morir por ellos» según el espléndido lema del cura Múgica, mártir en las villas-miseria argentinas.

En este sentido, quizá cabría decir que el budismo habla desde una óptica «prelapsaria» (anterior a eso que mal llamamos pecado original) mientras

que la tradición judeocristiana habla desde una óptica «postlapsaria» pero que se sabe redimida. Pues incluso la literatura bíblica sapiencial tiene frases sobre pobres y ricos que, sin ser de acusación ni de denuncia, son de una contundencia llamativa.

Consumar

Queda abierta la pregunta de si la misma dinámica del budismo no traduce una búsqueda, o un anhelo o apertura hacia una Trascendencia que sería, a la vez, su Fundamento Absoluto y su Consumación Plena, lo que el budismo posterior llamará *Dharmakayā*: el Cuerpo Universal que sería algo así como la esencia del universo. Por eso, a pesar de que el budismo es preciso (o agnóstico) respecto a Dios, ha dado lugar a corrientes que parecen divinizar a Buda. En este sentido hablé en otro lugar del budismo como «el Precursor universal» del cristianismo, del que valdrían las palabras de Jesús: «nadie mayor que él entre los nacidos de esta historia»; sólo le supera Aquel que «ha nacido del cielo» (Mt 11,11).

Lo que no me siento capaz de aceptar, porque contradice mi más elemental experiencia humana y creyente, es esta frase de un teólogo moderno: «no nos libera ningún Credo, sino el reconocimiento de nuestra propia verdad». Por supuesto, no nos libera un credo pero sí *una fe*: la fe en el amor de Dios, la cual buscará luego expresarse de la mejor manera posible. La frase comienza pues tergiversando aquello que quiere combatir. Pero además, a mí personalmente, el conocimiento de mi verdad no me libera sino que más bien me lleva

a clamar con Pablo «¿quién me liberará...?». Me libera más bien el saberme amado tal como soy. Y aquí es donde creo que el cristianismo puede coronar al budismo.

Convivir

Desde aquí, se sitúa mejor la misión de las comunidades o iglesias. La comunidad budista (*Sangha*) no es «misionera», en el sentido de que no pretende cambiar al mundo, sino sólo ir difundiendo la enseñanza de Buda y creando grupos que la sigan, con la seguridad de que así el mundo cambiaría por sí solo (quizá puede ser comparada con aquellas primeras comunidades cristianas que describen los capítulos 2 y 4 de los Hechos de los Apóstoles). La comunidad cristiana es misionera en el sentido de que, además de lo anterior, debe denunciar la injusticia reinante en nuestro mundo y trabajar por la transformación del «mundo» buscando ante todo lo que Jesús llamaba «el reinado de Dios y la justicia de Dios»

(Mt 7,33): el reinado de la gratuidad y la fraternidad, en una civilización de la sobriedad compartida.

Esta comparación de ambas comunidades deriva de un análisis de la última parte del libro aquí comentado, que no hemos podido tratar, y que está dedicada a la comunidad: a lo que sería la vida del creyente budista. En ella es posible encontrar también paralelismos y coincidencias con la vida de las iglesias cristianas: la estructuración en laicos y religiosos (que la edición castellana traduce exageradamente como «sacerdotes»); más una serie de normas sobre la vida diaria, la vida familiar, la mujer...; y finalmente una especie de eclesiología titulada «Construcción de la tierra de Buda».²⁵ Eso ya no cabe aquí, pero me permitiré rescatar, para concluir, un ejemplo de gran sabiduría, que me parece muy actual entre nosotros hoy:

Un pequeño malentendido llega a causar una gran desgracia. Esto se debe tener en cuenta especialmente en la vida familiar (p. 220).

1. Sin olvidar que también la Carta a los Hebreos (2,15) reconoce en el temor a la muerte una fuente de las servidumbres humanas.
2. Así primero J. B. Metz y más tarde CASTILLO, José M^a (2007) en *Víctimas del pecado*, Madrid: Trotta.
3. Todas las citas que siguen provienen del libro *La enseñanza de Buda*, editado por el Bukkyo Dendo Kyôkai de Tokio (5^a edición 1998) y van acompañadas por comentarios míos. La traducción castellana de ese libro es de Miyoko I. de Tamura, de la universidad de Nagasaki. Conozco además otra edición bilingüe en inglés y francés (de 1981), y conviene advertirlo porque no siempre coinciden exactamente los textos de esas tres versiones, supongo que por la dificultad de ensamblar universos lingüísticos tan distantes como el japonés y las lenguas occidentales. Lo que el castellano traduce como «alma» es, en esas otras versiones, *mind* o *coeur*. Además, la opción por la expresión «el ego», en los textos que cito, es una opción mía: porque me parece que hoy es el término que mejor se acerca a lo que quieren decir los textos budistas.
4. En paralelismo cristiano: podemos cantar con santa Teresa «quién a Dios tiene nada le falta». Pero ¿vale eso para la inmigrante sin papeles, con un marido en la cárcel, que vive de comedores de Cáritas y a la que van a echar de su mísera casa por impago de alquiler?
5. Hay aquí una parábola de un padre con dos hijos, susceptible de una comparación con la parábola evangélica de Lucas 15. No hay espacio para ello, pero señalo al menos que el hijo perdido (símbolo de la humanidad), no es llamado pródigo sino errante.
6. Como Marx, a pesar de su ateísmo, tenía una fe inquebrantable en las leyes positivas y en la dinámica triunfadora del materialismo dialéctico.
7. Vale la pena presentar una rápida antología de textos sobre la fe (del apartado «El camino de la fe», pp. 176-82): «La fe del discípulo es creer

en la sabiduría de Buda. La fe es el mejor compañero de la vida, es el alimento para el largo viaje de la vida, el máximo de los bienes. La fe es fuego: quema toda suciedad de las almas y las hace arder en deseos de iluminación. La fe enriquece el alma, enseña la caridad sin apego. La fe anima al hombre cuando el camino se hace aburrido y largo, y conduce a la iluminación. La fe nos hace sentir como si estuviéramos en presencia de Buda. La fe nos da la sabiduría de comprender que este mundo no es más que un juego momentáneo donde no existe una verdad inmutable. La fe nos hace estar siempre con Buda, actuar siempre con Buda y desear vivir siempre con Buda. La mano de Buda, venciendo la oscuridad de la duda que nubla el alma, introduce la luz de la fe». Parece darse ahí un proceso que pasa del creer «a» Buda, a creer «en» Buda; una vinculación que pasa de la doctrina a la persona. ¿Cuál sería el fundamento de esa evolución progresiva?

8. «Buscador de la luz». Expresión típica del budismo que se aplica muchas veces al ser humano.
9. Algo parecido cabe decir del decálogo bíblico: ya es tarde para atender sólo a eso.
10. Esa dificultad está bien reconocida en la siguiente enumeración de «veinte cosas difíciles en este mundo» que traslucen un profundo conocimiento de alma humana: «Es difícil ser generoso; es difícil para el orgulloso aprender el camino de la iluminación; es difícil buscar el camino sacrificando el egoísmo; es difícil nacer en el Reino de Buda en este mundo; es difícil escuchar las enseñanzas de Buda; es difícil mantener el alma limpia de los instintos del cuerpo; es difícil no desear cosas hermosas y agradables; es difícil para el poderoso no usar el poder; es difícil no enfurecerse al ser insultado; es difícil permanecer puro cuando se es tentado; es difícil estudiar amplia y profundamente; es difícil no menospreciar a los principiantes; es difícil alejar el orgullo; es difícil encontrar un buen amigo; es difícil seguir la doctrina y alcanzar la iluminación; es

- difícil no ser perturbado por las circunstancias externas; es difícil predicar conociendo la naturaleza del hombre; es difícil mantener la paz en el alma; es difícil no argüir sobre el bien y el mal; es difícil encontrar y aprender un buen método» (pp. 133-134).
11. La primera bienaventuranza de Mateo puede significar pobres *por* el Espíritu (aquellos a quienes su opción por la justicia va empobreciendo), o pobres *con* espíritu (aquellos que siendo pobres no luchan por la justicia desde el resentimiento o el odio, ni buscando en exclusiva su propio provecho).
 12. Para más explicaciones remito al capítulo 13, «Progreso, maldad y bondad» de GONZÁLEZ FAUS, José I. (2010). *Otro mundo es posible... desde Jesús*. Santander: Sal Terrae.
 13. SCHUMACHER, Ernst Friedrich (2011). *Lo pequeño es hermoso*. Tres Cantos: Akal
 14. Por supuesto, el original no dice eso sino «vacas de Basán», una región famosa por sus pastos, cuya mención provocaría un impacto semejante al de mi traducción.
 15. Dicho sea entre paréntesis: cambiando algo el vocabulario, este párrafo parece una descripción de buena parte de la España actual.
 16. Conviene leer íntegro todo ese capítulo, demasiado largo para citarlo aquí completo.
 17. Animal impuro por excelencia.
 18. *Das Alte Testament Deutsch*, 25, 65.
 19. No hay que quedarse en la alegoría del texto: las ovejas del Señor son el pueblo de Israel.
 20. Típica pareja del lenguaje bíblico (junto con el inmigrante) para designar a aquellos indefensos que no tienen valedor alguno y son por ello más pobres que los mismos pobres.
 21. Impresiona la poca repercusión que esta verdad ha tenido en el «culto cristiano», pese a la insistencia de los profetas y los salmos en este mensaje. Con ello, ya no acudimos al templo a alimentarnos de Dios para poder cumplir Su Voluntad, sino a aplacar o tener a raya a Dios para poder cumplir nuestra propia voluntad.
 22. Por ejemplo, en la catequesis infantil sería poco pedagógico empezar directamente por los profetas, al menos en el primer mundo.
 23. Cf. GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio (2014). *¿Dios?*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuadernos n. 190.
 24. DE LA CRUZ, Juan (1991). «Introducción a la Subida al Monte Carmelo», *Obras completas*, Salamanca, pp. 117-118. Podrían añadirse los versos 19-20 del capítulo 3 del cuarto evangelio, con su insistencia en «ir a la luz» que evoca la iluminación budista (o el capítulo 28 de Job por su comparación entre la mera técnica y la verdadera sabiduría).
 25. «El Reino de Buda», dice la edición castellana buscando quizás analogías con la expresión jesuánica Reino de Dios.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

Este Cuaderno intenta comparar textos de *La enseñanza de Buda* y textos de los profetas (culminando en Jesús como «más que profeta»). Ello justifica parcialmente, y a la vez reorienta, la ya tópica calificación de budismo como sabiduría y cristianismo como amor.

1. ¿Crees que esa calificación es exacta? ¿Qué matices le añadirías?

En la primera parte del cuaderno, importa comprender los puntos de coincidencia, los paralelismos y las diferencias.

2. ¿Te queda clara la noción budista de iluminación y de causalidad?

3. Algunos paralelismos:

- ¿Con qué textos o expresiones de Buda compararías la noción del pecado original? ¿O la del ser humano como imagen de Dios?
- La no-dualidad. ¿Cuál es la diferencia entre el sentido hindú de esta expresión y la que aparece en el cuaderno? ¿Encuentras algo parecido en el cristianismo occidental?
- ¿Cuál te parece que es la crítica budista al sistema capitalista? ¿Qué opinas de ella?
- ¿Qué diferencias puede haber en el modo de acercarse al sufrimiento?

En la segunda parte del cuaderno, el autor se fija en que el lenguaje de los profetas mantiene siempre un esquema de denuncia, amenaza de castigo y promesa final.

Después de una presentación de cada profeta, sus enseñanzas para nosotros se resumen en cuatro puntos:

- Los oprimidos, los indefensos y las víctimas son los preferidos de Dios.
 - El compromiso con ellos y por ellos es el único culto verdadero que el hombre puede dar a Dios.
 - Dios rechaza cualquier otro culto que no vaya vinculado a ese compromiso o que sirva de excusa para olvidarlo.
 - El conocimiento de Dios se da en practicar la justicia.
4. Compara los cuatro puntos anteriores con las cuatro «nobles verdades» del budismo.
5. De los textos de los profetas, ¿cuáles te parece que tendrían vigencia hoy?

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios creado en 1981, promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns

Últimos títulos:

194. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, La causa de los pobres, causa de Dios; 195. J. LAGUNA, Pisar la luna. Escatología y política; 196. M. GONZÁLEZ MARTÍN, De la hostilidad a la hospitalidad; 197. J. FLAQUER, Islam. La media luna... creciente; 198. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, TERESA CRESPO (ed.), El trabajo: presente y futuro; 199. C. M. TEMPORELLI, Amigas de Dios, profetas del pueblo; 200. VARIOS AUTORES, Nuevas fronteras, un mismo compromiso; 201. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Inhumanos e infrahumanos; 202. J. CARRERA, L. PUIG, Hacia una ecología integral; 203. J. SANZ, Cómo pensar el cambio hoy; 204. J. BOTEY, A 500 años de la Reforma protestante; 205. X. CASANOVAS, Fiscalidad justa, una lucha global; 206. A. ARES, Hijos e hijas de un peregrino; 207. J. MORERA, Desarmar los infiernos; 208. J. I. GONZÁLEZ FAUS, El Silencio y el Grito

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

6. J. RENAÚ, Un salario que corresponda a la dignidad humana y al bien común; 7. J. L. IRIBERRI, Diez barcas varadas en la playa; 8. D. MOLLÀ, Reflexiones sobre «espiritualidad de trabajo» en tiempos de precariedad; 9. A. ARES MATEOS, Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso; 10. AA.VV., ¿Qué nos jugamos? Reflexiones para un año electoral; 11. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Romeros de América*; 12. P. TORRES, Retiro en la ciudad; 13. C. M. TEMPORELLI, Vidas entregadas: Teresa de Jesús Ramírez y Dorothy Stang

Tiraje: 46.000 ejemplares

N. 208, marzo 2018

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos CJ.
Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - Tel. 93 317 23 38
info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



Cristianismeijusticia